

LOS PELDAÑOS DE ORO: ÉTICA EN LA ANTIGUA SABIDURÍA

Por John Algeo

LA ANTIGUA SABIDURÍA O FILOSOFÍA PERENNE, como también se le suele llamar, es un cuerpo de enseñanzas que conlleva una forma de conducta. A través de la doctrina del karma, el énfasis de la tradición en la responsabilidad por las decisiones y acciones personales crea una ética que es individual, situacional, y relativa, antes que categórica y absoluta. De este modo, es inútil buscar “Diez Mandamientos” en la Antigua Sabiduría o una lista de cosas específicas que uno debe o no hacer.

De hecho, algunos de los principios generales de esta filosofía, heredada de la tradición de la India, han ejercido una notable influencia en el pensamiento moderno, entre ellos, el *ahimsa* (no hacer daño), *viveka* (discernimiento), y *vairagya* (carencia de apego). Tales conceptos han desarrollado una gran riqueza de asociaciones éticas en torno a ellos. Sin embargo, resulta más específica aún una breve declaración publicada por Helena P. Blavatsky y titulada “Los Peldaños de Oro” [La Escala de Oro].

H. P. Blavatsky, a través de *La Doctrina Secreta* y de otros trabajos, fue una de las principales promotoras de la Filosofía Perenne en los tiempos modernos. De ahí, el resumen ético que promulgó en Los Peldaños de Oro, expone brevemente lo que la tradición dice al respecto. Sus trece frases son el equivalente más cercano a los Diez Mandamientos en la Antigua Sabiduría.

Los Peldaños de Oro fueron originalmente publicados por H. P. Blavatsky en 1890, cuando ella estaba muy preocupada por cuestiones de injusticia, lealtad y altruismo dentro de su propia vida. Luego dio a conocer una versión revisada de dicho documento. La diferencia en el léxico entre la versión original y la revisada es muy ligera, debida mayormente a que algunos términos de la versión original podían ser interpretados mal sin un comentario.

La versión original fue, sin embargo, reimpressa en el compendio titulado [en inglés] *Collected Writings* (503), que utilizamos aquí, como el que mejor expresa la declaración de la forma en que la Sra. Blavatsky deseaba darla a conocer. (Originalmente, ésta se imprimió como un solo párrafo. Los espacios y los números se han agregado aquí para esclarecer la estructura de esta declaración, que analizaremos a continuación.)

LOS PELDAÑOS DE ORO

[prefacio] Perciba la verdad que tiene ante sí:

[1] Vida limpia, [2] mente abierta, [3] corazón puro, [4] intelecto despierto, [5] percepción espiritual sin velos, [6] afecto fraternal hacia el condiscípulo, [7] presteza para dar y recibir consejo e instrucción, [8] leal sentido del deber hacia el Maestro, [9] obediencia voluntaria a los dictados de la VERDAD, una vez que hayamos puesto nuestra confianza [en el Maestro] y creamos que Él la posee; [10] valor para soportar las injusticias personales, [11] enérgica declaración de principios, [12] valiente defensa de quienes son injustamente atacados, [13] y mirada siempre fija en el ideal de progreso y perfección humana que revela la ciencia secreta (*Gupta Vidya*); [conclusión] tal es la escala de oro, por cuyos peldaños el aprendiz puede ascender hasta llegar al Templo de la Sabiduría Divina.

Esta declaración consiste de un mandato preliminar, trece frases sustanciales, y una declaración que concluye y sirve como código que lo resume todo. Es una declaración muy sencilla, y muchos lectores podrían sentirse inclinados a contemplarla como una colección de banalidades piadosas. Pero una lectura así interpretaría bastante mal este documento que, de hecho, es una guía sumamente estructurada de acción moral.

Prefacio. Los Peldaños de Oro es un consejo general que puede aplicarse a diversas situaciones, no es una lista específica de cosas que deben hacerse o no. Refleja más bien una creencia en una ética natural, que no en mandamientos revelados. En su mandato preliminar, hace énfasis en lo obvio y natural de la acción moral. Le dice al lector: "Perciba la verdad ante que tiene ante sí". Los principios éticos bajo los cuales debemos actuar son muy claros y están disponibles para todos, nos miran frente a frente, y lo único que necesitamos hacer es estar conscientes de ellos.

Sin duda, dada la realidad del karma —los efectos de nuestras pasadas acciones que determinan nuestro futuro—. no tenemos más alternativa que ponernos a tono con la Moral Imprescindible de la naturaleza. Nuestra única opción es si nos ponemos de acuerdo con el karma conscientemente y con pleno conocimiento del significado y los efectos de nuestros actos, o si dejamos que el karma nos tome desprevenidos —esto es, si seremos vencedores o víctimas de nuestras propias acciones.

En el Jainismo, una de las religiones de la India cuyo origen es más o menos contemporáneo con el Budismo, a los grandes santos les llaman *jinas*, "vencedores", palabra que proviene de la raíz del verbo *jayati*, "el que conquista". (La palabra *jain* significa "perteneciente a los vencedores", y quienes se denominan a sí mismo como

jainistas siguen los pasos de los victoriosos santos.) El *Jina* ha conquistado los actos ilusorios, los falsos deseos y la ignorancia; tiene la verdad ante sí. Ha ascendido por Los Peldaños de Oro y, por lo tanto, es el Victorioso, el Conquistador.

El mandato preliminar es una declaración sobre lo natural de la ley moral y su disponibilidad pública, y es también un llamado a nosotros mismos para que respondamos conscientemente a ello. La verdad moral de la vida está ante nosotros, y de nosotros depende percibirla. El proceso de percepción consiste en los trece escalones de Los Peldaños de Oro. Esos escalones forman tres agrupaciones: el primer grupo consta de cinco peldaños, y los grupos segundo y tercero tienen cuatro peldaños cada uno.

El primer grupo de peldaños se refiere a los principios más generales de conducta ética; pero los dos grupos siguientes son cada vez más específicos.

1. Vida limpia. El primer peldaño es algo preliminar e ineludible: "una vida limpia". En cierto sentido, este peldaño implica el resto. Si se consideraran en su totalidad, éste no sería el primer escalón, sino el peldaño final. La limpieza, dice la sabiduría popular, está más cerca de lo divino, y así es en un sentido más profundo de lo que generalmente se entiende ese dicho popular. Una vida completamente limpia es una vida completamente moral. De este modo, en nuestro comienzo también está nuestro fin. Pero Los Peldaños de Oro no son una escalera por donde se asciende una sola vez.

Todas las metáforas tienen sus límites, y si pensamos en este grupo de principios éticos que llamamos Los Peldaños de Oro demasiado literalmente, como escalones que se suben uno detrás del otro hasta alcanzar un pináculo de perfección moral, habremos traspasado los límites de esta metáfora. Nosotros no ascendemos por Los Peldaños de Oro una sola vez, sino muchas veces, repetidamente. Cada acción nuestra es un escalón más en alguna dirección en esos peldaños. Por lo tanto, el primer escalón no se sube una sola vez, sino una y otra vez. Cuando nosotros hayamos dado el paso de llevar una vida perfectamente limpia, habremos pasado por sobre todos los demás y llegado hasta el templo al cual ellos nos conducen.

Aunque nuestros primeros esfuerzos para ascender este peldaño sean imperfectos, por él debemos comenzar. En sus *Confesiones*, San Agustín recordaba que él le había implorado a Dios: *Da mihi castitatem et continentiam, sed noli modo.* "Dadme castidad y continencia, pero no solo ahora." Esa es la forma en que la mayoría de nosotros actúa con las virtudes. Pensamos que nos harán la vida más difícil y menos agradable. Sabemos que las debemos poseer y las queremos, pero no aún o ahora. Sin embargo, si

esperamos poder avanzar por el sendero, debemos reconocer que la vida espiritual debe ser primero una vida limpia.

Una vida limpia incluye el hablar con verdad y bondad, obrar con justicia, ganarse la vida honradamente y de una forma útil, pensar bien de los demás, y mantenerse de buen ánimo aun en medio de los problemas. Estas son cualidades simples, pero la vida ética es básicamente simple y obvia. Nada hay secreto ni misterioso en ella.

Una vida limpia es una en la que estemos libres de las manchas que colorean nuestra visión. Una de las grandes obras de la espiritualidad de la India es el *Vivekachudamani* (La Joya de la Discriminación), de Shankaracharya, la cual indica cuatro cualidades preliminares para avanzar por el sendero. Una de estas cualidades es la carencia de apegos o deseos (*vairagya*). La palabra en sánscrito, como casi siempre ocurre en esa lengua, revela un doble significado. El significado literal de *vairagya* es "sin color".

En nuestro lenguaje común, nosotros utilizamos colores para sugerir estados mentales y emocionales. Vemos rojo cuando estamos molestos; azul cuando estamos deprimidos; contemplamos el mundo a través de cristales color de rosa; nos ponemos verdes de envidia; estamos de un humor negro, o blancos de miedo, y otras expresiones. Los colores emocionales a través de los cuales contemplamos el mundo distorsionan nuestra visión de la realidad. Si hemos de ver el mundo como realmente es y contemplarlo por completo, debemos quitarnos nuestras gafas de colores, prescindir de los humores que nublan nuestra percepción y practicar *vairagya*. Debemos estar sin color alguno, esto es, tener una vida limpia.

La primera frase tiene otra implicación que es importante para una visión teosófica de la vida. Estar limpio es estar libres de excrecencias foráneas, de toda la contaminación que se nos pega y que ensucia nuestra pureza nativa. La bondad no es una forma de conducta foránea que debemos aprender dolorosamente. No es como el maquillaje que tenemos que aplicarnos para cubrir las imperfecciones de nuestra complexión. Más bien es lo natural en nosotros cuando limpiamos la acumulación de suciedad que lo oculta. Toda la naturaleza es fundamentalmente buena —y la naturaleza humana lo es también. En *La Voz del Silencio*, H. P. Blavatsky menciona que "la mente es como un espejo que atrapa el polvo a la vez que refleja" (párrafo 115). La tarea que tenemos delante es limpiar el polvo que cubre el espejo, para que éste refleje perfectamente el sol.

2. Mente abierta. Si tenemos que buscar la forma de limpiar nuestras vidas, de quitar el polvo que ha cubierto el claro espejo de la naturaleza humana, debemos tener "una mente abierta". Debemos estar dispuestos a considerar alternativas y a no

acercarnos a cada tema o problema de la vida y a cada persona con la cual nos tropezamos, con la suposición de que nosotros ya sabemos cómo lidiar con ellos. Una mente cerrada es una mente condicionada, cerrada al mundo de las nuevas experiencias, que sólo reacciona ante sus recuerdos como si fuera uno de los perros de Pavlov.

El fisiólogo ruso Ivan Petrovich Pavlov hizo experimentos con perros a los cuales les tocaban una campana cada vez que iban a darles de comer. Los perros pronto asociaron el sonido de la campana con la llegada de la comida, y comenzaban a evidenciar automáticamente procesos fisiológicos, como el de la salivación, tan pronto escuchaban sonar la campana, aun cuando ya no se les trajera la comida. Los perros habían sido condicionados para comportarse de una forma que podía ser inapropiada. Y lo mismo ocurre con nosotros. Nuestras mentes están condicionadas por las experiencias anteriores, y éstas hacen que dejemos de responder a las situaciones nuevas y que reaccionemos simplemente de acuerdo con nuestro propio pasado.

Cuando estamos condicionados por nuestro pasado psicológico, no podemos llevar una vida limpia, porque ese pasado es el polvo que contamina el brillante espejo de la mente. Así, para llevar una vida limpia necesitamos tener una mente despierta y abierta a nuevas posibilidades, una mente no condicionada. Ser abiertos de mente no significa, sin embargo, que tengamos que aceptar cuanto nos encontramos en el camino. La discriminación (*viveka*) es tan necesaria como la carencia de apego. Pero no podremos discriminar verdaderamente, a menos que estemos deseosos de aceptar nuevas ideas, alternativas frescas, y estemos dispuestos a concluir que nuestras viejas ideas, incluso aquéllas que durante largo tiempo hemos sostenido y acariciado, ya no son apropiadas. El pasado tiene que quedar en el pasado.

Tener una mente abierta es estar conscientes de nosotros mismos y de cuanto nos rodea, sin juzgar nada que creamos cierto, sino reconociendo simplemente lo que es.

Hace mucho tiempo, cartógrafos europeos trazaron mapas del mundo que se concentraban en las tierras del Mediterráneo, mostraban a África y Asia como si fuesen pequeñas islas, y ni siquiera mostraban a América. Alrededor de los bordes de los mapas escribieron advertencias que decían: "Aquí moran los Dragones". Como dijo Alfred Korzybski, el fundador de la Semántica General, con frecuencia confundimos el mapa con el territorio. El mapa está en nuestras mentes; el territorio es el mundo. Para descubrir el mundo como realmente es, los exploradores tuvieron que dejar sus viejos mapas y aventurarse a navegar esos territorios donde habían sido advertidos de que allí moraban dragones. Sin embargo, en vez de encontrar dragones, hallaron nuevos mundos. Para hacer esos descubrimientos, tuvieron que observar los territorios que estaban a su alrededor, no sus mapas. Necesitaron tener mentes

abiertas, y nosotros también las necesitamos.

3. Corazón puro. Si mantenemos una mente abierta y consideramos nuevas ideas, ¿cómo podemos evitar que esas nuevas ideas se conviertan en más polvo cubriendo el espejo? ¿Cómo podemos hallar el camino en un territorio del cual no tenemos mapa? ¿Cómo podemos evitar el crear nuevos mapas que sean tan erróneos como los viejos sólo que de distinta forma? El próximo paso en Los Peldaños de Oro ofrece la respuesta a tales preguntas: “un corazón puro”.

La expresión “un corazón puro” alude a algo muy particular. *Puro* significa “no mezclado, uniforme, homogéneo”. Por lo tanto, “un corazón puro” significa una mente dirigida resueltamente hacia un objetivo con intensidad de propósito y con una completa devoción. Según el *Vivekachudamani*, éste es el cuarto punto de las cualidades preliminares para avanzar por el sendero de iluminación: *mumukshutva*, la voluntad de estar libre de cuanto es ilusorio y en unión con la Verdad.

Cuando nuestro corazón es puro, en él sólo existe la conciencia de la Vida Única que respira dentro de cada ser en el universo. Cuando nuestro corazón es puro, solo tenemos un deseo, el deseo de estar unidos conscientemente con esa Vida Única. Cuando nuestro corazón es puro, hacemos todo con un solo propósito, el de actuar bajo la voluntad de esa Vida Única. En el *Sermón del Monte*, Jesús dijo: “Benditos sean los puros de corazón porque ellos verán a Dios”. Sólo quienes tienen una mente resuelta y un corazón puro pueden ver ese Principio Vital que mora dentro y fuera de nosotros.

En términos prácticos y cotidianos, “un corazón puro” significa conocer lo que es realmente importante en la vida, y no permitir que nada nos distraiga de prestarle atención. Esto equivale, en el lenguaje popular, a tener la cabeza bien puesta. Henry David Thoreau escribió en *Walden*: “Si un hombre no lleva el mismo paso que sus compañeros, quizás sea porque él escucha a un tamborilero diferente. Permítasele seguir el paso al ritmo de la música que oye, ya sea medida o fuera de tiempo”. Tener un corazón puro es escuchar a su propio tamborilero y marchar a su compás. “Un corazón puro” significa estar liberado de toda incertidumbre e indecisión respecto de lo que es definitivamente bueno y útil. Quienes tienen un corazón puro no se preguntan a dónde sus vidas están llevándolos, porque ellos saben que existe una sola dirección.

4. Intelecto despierto. Para llevar a cabo esta unidad de propósito con un corazón puro, es preciso tener también “un intelecto despierto”. Esto es algo totalmente distinto del tener una mente abierta. Una mente abierta es una mente libre del condicionamiento de experiencias pasadas, pero si la mente está completamente abierta, si está abierta a ambos lados, no puede asirse a nada, todo simplemente pasa a

través de ella. Entonces, no es meramente una mente abierta, sino una mente libre. No hay virtud en la vacuidad.

Adán y Eva no eran buenos cuando estaban en el paraíso, eran simplemente ignorantes. Según el mito del Génesis, ellos no tenían conocimiento alguno del bien y del mal. Sólo cuando nos hacemos conscientes de la gran obra que fluye alrededor de nosotros y aun dentro de nosotros mismos como pequeños movimientos del oleaje de la vida, es que somos capaces de tener una conducta moral buena o mala, porque únicamente entonces podemos escoger. La ética implica poder escoger, y escoger requiere un conocimiento de las opciones. Nosotros, los seres humanos, somos criaturas éticas porque tenemos libre albedrío, y tenemos libre albedrío porque tenemos mentes con las cuales podemos saber las alternativas que tenemos ante nosotros. Etimológicamente, el hombre es un ser con manas (mente). Ese hecho es crucial para la ética.

Las escrituras cristianas hablan de un pecado original que está más allá del perdón, un pecado contra el Espíritu Santo, pero no dice exactamente lo que es ese pecado. Podríamos decir que es el imperdonable pecado de rehusarnos a usar nuestro intelecto. Si no prestamos atención a nuestras mentes, si somos negligentes con la parte más humana de nosotros mismos, negamos nuestra propia humanidad, rehusamos el conocimiento que es lo único que posibilita el escoger moralmente. Por una curiosa perversión de la verdad, algunas veces identificamos la bondad con la ignorancia. Pero una "ignorancia bondadosa" es una contradicción de términos. El conocimiento hace posible la maldad, con toda certeza, pero también hace posible la bondad. Cada virtud tiene un vicio como su sombra. En este mundo dual, no podemos escapar de los pares de opuestos, que son complementarios. Para que haya un "arriba", debe haber un "abajo"; para tener luz, oscuridad; para sentir alegría, el pesar; para que haya un bien, tiene que existir el mal.

Con un intelecto despierto, sin embargo, nosotros no sólo reconocemos la existencia de estos opuestos, incluyendo el bien y el mal, sino que también disponemos de una base para escoger entre ambos. Un intelecto despierto permite la discriminación entre lo real y lo irreal. De este modo, en la tradición de la Antigua Sabiduría hay una premisa básica de que el aprendizaje lleva a la bondad, y de que el intelecto es parte de la ética. Para ser buenos, necesitamos el conocimiento.

5. Percepción espiritual. El intelecto solo, no importa cuan ávido sea éste, no es suficiente para guiarnos en la ética. El intelecto es como dicen quienes debaten lógica necesario, pero no suficiente. Además de tener una mente activa, también es preciso tener "una percepción espiritual sin velos" por medio de la cual podamos discriminar. Esto es, tenemos que quitarnos la cubierta de polvo de nuestra intuición.

La intuición o *buddhi* es la facultad mediante la cual vemos directamente adentro del corazón de todas las cosas, y por medio de la cual reconocemos la esencia que se halla tras las apariencias superficiales, y así podemos discriminar entre lo real y lo irreal; lo más importante y lo menos importante.

Se le denomina percepción espiritual, porque no está limitada a los sentidos —a lo que vemos, oímos, tocamos, degustamos u olemos. Tampoco está limitada a la mente —a lo que podemos razonar, deducir, concluir inductivamente, o probar por medio de teorías y lógica. Esta percepción no es física ni intelectual, pero tenemos que experimentarla para poder comprenderla.

La percepción espiritual no se desarrolla de la forma en que uno hace que un árbol de cedro crezca de una bellota. No es una facultad “mía”, que yo la desarrollo. No es “mía” en un sentido personal, sino que se trata de algo que ya existe allí, completamente desarrollado, y disponible para quien sea capaz de llegar a ella. Sólo necesita ser develada, como una estatua acabada y lista para ser mostrada a los espectadores. El proceso de develarla es practicando la meditación.

Habiendo utilizado el intelecto despierto al máximo, entonces serenamos la mente y develamos el secreto de esa poderosa intuición, que nos permite adentrarnos en la naturaleza de las cosas escondidas bajo la superficie de nuestras mentes. El intelecto se dirige hacia afuera; la intuición, hacia adentro. Por medio del intelecto aprendemos; por medio de la intuición, reconocemos, es decir, “conocemos de nuevo”, llegamos a la vieja *gnosis*, a la Antigua Sabiduría (*reconocer* proviene de las raíces *re-*, que significa “de nuevo”; *co-* “con”, y el verbo *gnoscere* “conocer, tener conocimiento o *gnosis* de...”).

En las primeras cinco etapas de Los Peldaños de Oro están reflejadas las cualidades que forman la base de toda acción ética: correcto vivir; estar libres de condicionamiento del pasado; tener la mente debidamente enfocada; estar mentalmente despiertos, y tener una intuición activa. Los restantes ocho pasos se relacionan con los frutos de los primeros cinco, comenzando por el cuarto, que se refiere a las relaciones humanas. \

6. Fraternidad. Primero, ¿qué es lo que reconocemos por medio de nuestra percepción espiritual? ¿Cuál es la esencia de la Sabiduría Antigua? Su enseñanza fundamental y el terreno de la experiencia meditativa es la unidad de toda la vida. Más allá de las dualidades de la mente, hay una unidad de intuición. Una vez que hemos percibido esa unidad en el universo, nada volverá a ser lo mismo. Hay una moral imperativa que nos dice que debemos actuar según nuestra percepción.

La acción hacia la cual ésta nos lleva es la fraternidad. Si toda la vida es una, entonces todos los seres humanos son nuestros hermanos, e incluso más que hermanos, y como tal debemos tratarlos.

Las palabras que utilizó la Sra. Blavatsky al referirse a este punto fueron: “fraternidad hacia el condiscípulo”. Acaso porque esas palabras parecían un tanto restrictivas, como si se limitasen a la práctica de la fraternidad entre un grupo selecto de estudiantes de un mismo maestro, la versión revisada de Los Peldaños de Oro se cambió por “una fraternidad hacia todos”. Sin embargo, ambas versiones realmente dicen lo mismo.

Como a menudo se ha dicho, el mundo donde vivimos es una vasta escuela, una universidad que ofrece todas las materias imaginables, con una verdadera gama de estudiantes, desde alumnos que cursan el primer año hasta los de postgraduado. Dentro de esta escuela universal, todos somos compañeros de clase o condiscípulos. No hay un ser humano que no sea nuestro condiscípulo. Así, quien es fraternal hacia el condiscípulo lo es con todos.

Cada ser humano está, literalmente hablando, relacionado con todos los demás seres humanos. Si pudiéramos trazar nuestro árbol genealógico y llevarlo muy atrás, encontraríamos que las ramas de nuestro árbol eventualmente se entrecruzan con las ramas de todos los demás árboles de la raza humana. Todos crecen de un mismo tronco. No hay comunidades humanas que hayan estado completamente aisladas desde el inicio de los tiempos, sino que todos estamos interconectados por el entrecruzamiento de nuestros ancestros. Todos estamos unidos en una red fraternal humana para la cual no hay expresión más apropiada que la de fraternidad. Todos somos parientes.

7. Presteza para dar y recibir. ¿En qué consiste la fraternidad? ¿Cómo podemos demostrar nuestra fraternidad hacia todos? Cuando Dios le habló a Caín, le preguntó: “¿Dónde está tu hermano Abel?” Y Caín le contestó con una pregunta: “¿Soy yo el que cuida a mi hermano? Caín quiso que su pregunta fuese retórica, que implicara su propia respuesta. Y la implica. Pero la respuesta no es lo que Caín pensó. Nosotros somos quienes cuidamos de todos nuestros hermanos. De este modo, el séptimo peldaño es “presteza para dar y recibir consejo e instrucción”. Esto es lo que los hermanos deben hacer.

Dar consejo e instrucción es fácil. No sólo es fácil, sino que con frecuencia es un gran placer. Hace que quien actúa como consejero e instructor se sienta importante y conocedor; fomenta el ego. El recibir consejo e instrucción es con frecuencia un poco más difícil y oneroso. Pero lo importante es que el consejo e instrucción debe ser dado

mutuamente. Cada uno de nosotros puede ayudar a alguien en algún momento, y cada uno de nosotros necesita ayuda algunas veces.

En la obra *Hamlet*, de Shakespeare, Apolonio le dice a Laertes, entre una serie de otras sentenciosas recomendaciones, que él no debe pedir prestado ni prestar. Eso podrá ser un buen consejo en lo que al dinero se refiere, pero respecto de otras cosas, cada uno de nosotros necesita dar y recibir.

Sim embargo, hay otro detalle importante respecto de este peldaño. No se nos dice que vayamos dando consejo o pidiendo recibirlo. Se nos dice más bien que estemos prestos para darlo y recibirlo, y eso es algo muy distinto. Algunas personas aconsejan cuando no hace falta hacerlo o cuando esto no se desea, y otras lo buscan cuando deberían tratar de desarrollar sus propios recursos, en vez de depender de los demás.

Debemos estar prestos para dar consejo e instrucción cuando sea apropiado hacerlo y no de otra manera. La diferencia entre un entrometido y un buen samaritano es que el samaritano presta atención a las palabras *estar preparado*.

La presteza para dar y recibir consejo e instrucción es una manifestación práctica de fraternidad entre todas las personas. Todas las personas en el mundo, cualesquiera que sean las relaciones que tengan entre sí, tienen una obligación mutua: la obligación de servirse de apoyo, de socorrerse en la adversidad, de compartir en medio de la necesidad, de alegrarse de la buena fortuna. Esta es la cualidad que los romanos llamaban *pietas* —comportarnos con los demás de una forma apropiada, según las diversas relaciones que tengamos con ellos.

8. Leal sentido del deber. Una de las relaciones que tenemos es con la persona de la cual aprendemos. De este modo, el próximo paso es “un leal sentido del deber hacia el Maestro”. La frase es importante y realista, y puede entenderse de varias formas porque la palabra *maestro*, como *co-discípulo*, tienen más de una interpretación. Podemos considerar varias de ellas.

Primeramente, sin duda aprendemos cosas de los demás, y al hacer esto contraemos una deuda con ellos. Confucio especificó cinco relaciones humanas básicas que crean deberes mutuos: padres e hijos; hermanos mayores y menores; marido y mujer; jefe y subordinado; maestro y discípulo. En India, la relación entre el discípulo y su gurú se considera sagrada, porque involucra “un leal sentido del deber”.

Hasta en occidente actualmente se le confiere reconocimiento a tal relación. Cuando un estudiante universitario de un grado avanzado, especialmente de un doctorado, es aceptado por uno de los principales catedráticos para servirle de tutor y dirigir sus trabajos, se crea una obligación mutua entre ellos, hasta el punto de que incluso después de graduarse y alcanzar el doctorado, el estudiante continuará

aludiendo a “ese maestro que lo ayudó a graduarse”, esto es, a su “gurú”. Algunas personas que nunca se adentran en educación superior, con frecuencia contemplan a algún maestro del pasado, ya fuera de su escuela primaria o secundaria, como alguien que ejerció una gran influencia en sus vidas. Y así, la lealtad a nuestro maestro es un deber universalmente reconocido, tanto si el maestro es secular o sagrado.

Segundo, el maestro a quien le debemos lealtad también puede ser cualquier otro ser humano. La noción de maestro es correlativa a la de estudiante o discípulo. Teniendo en cuenta que el sexto peldaño puede interpretarse en el sentido de que todos somos co-discípulos y que el séptimo peldaño nos dice que tenemos que instruirnos y aprender unos de otros, cada uno de nosotros es claramente un maestro de los demás y, de esta forma, como mismo somos condiscípulos también somos co-instructores.

La fraternidad es una red de relaciones en la cual todos los participantes están en calidad de igualdad, debido a que todos participan de esa relación a un mismo nivel (aunque no tengan el mismo grado de acercamiento entre cada uno).

La relación maestro-discípulo es jerárquica, porque el maestro y el estudiante se encuentran en distintos niveles respecto del conocimiento que los une. Una relación jerárquica, sin embargo, no está exenta de variación. Un día uno puede ser un estudiante que aprende lo que otro le enseña, y mañana uno puede ser un maestro instruyendo a esa misma persona sobre otro tema diferente. Todos estamos vinculados unos a otros por estos dos sistemas —por la red de la fraternidad y la jerarquía del deber— pero ambos sistemas fluyen en gran medida, y así cada uno de nosotros cumple con diversos papeles dentro de ambos.

Tercero, no es irrelevante el hecho de que la Sra. Blavatsky escribiera con letra inicial mayúscula el nombre de *Maestro* en este peldaño. La mayúscula sugiere que ella pensaba que el maestro en este caso no era un ser humano, sino el Yo Superior dentro de cada uno de nosotros. *La Voz del Silencio* (párrafo 221) dice: “Maestros hay muchos; Alma Maestra hay una sola, Alaya, el Alma universal. Vive en ese Maestro como su rayo en vosotros”. Finalmente, el maestro a quien somos leales y con quien tenemos un sentido del deber no es un gurú terrenal, no es un profesor universitario, no es un líder de organización alguna, no es un maestro de alguna fraternidad, sino la Vida Una que mora en nosotros. Lo más que cualquier maestro humano puede hacer es conducirnos hacia el Maestro interno.

Apolonio le dio a Laertes un pequeño consejo: “Sé fidedigno con tu propio ser”. Si redactamos un poco esas palabras, el mensaje es el octavo peldaño: “Por sobre todo, sé fiel a tu Yo Uno”. Nuestros egos internos son el Yo Uno, y ése es finalmente el único Maestro. Tener un leal sentido del deber hacia el Maestro es ser fieles a la parte interna de nuestra propia naturaleza, al Alma universal.

9. Obediencia voluntaria. Cuando tenemos un leal sentido del deber hacia el Maestro, ¿qué hacemos? ¿Qué sobreviene como un compromiso con el maestro de la Verdad, tanto si el maestro es un mortal o es el Alma universal? El noveno peldaño alude a ello: “voluntaria obediencia a los mandatos de la Verdad, toda vez que hayamos puesto nuestra confianza en el Maestro y creamos que él la posee”.

Habiendo encontrado al Maestro interno y estando convencidos de la realidad de la Verdad que mora dentro de nosotros, como para que le tengamos fe y podamos poner nuestra confianza en ello, debemos entonces actuar en forma consecuente. Cada idea tiene repercusiones sobre nuestra conducta. Una vez que hemos aceptado la Verdad de la Vida Una como una idea, tenemos que enfrentarnos con los dictados de la verdad que nos impulsan a la acción que se deriva de ello. Las ideas son lo más poderoso del mundo, porque nos impelen a actuar.

La obediencia a los mandatos de la Verdad no es algo que se requiera externamente. Nadie se nos encarama encima y nos dice: "¡Usted tiene que obedecer!" Esta es una obediencia voluntaria que nace dentro de uno mismo, y surge como el resultado natural e inevitable de reconocer la Verdad. Cuando una planta se expone a la luz del sol, nadie tiene que decirle que crezca. El crecimiento es la respuesta natural de la planta a la luz. Con "nuestra obediencia a los dictados de la Verdad" ocurre algo similar.

Los escalones seis al nueve de Los Peldaños de Oro, definen nuestras relaciones con otras personas, tanto dentro de la red de la fraternidad como dentro de la jerarquía de deberes, y éstos se relacionan con las consecuencias de esas relaciones, nuestras responsabilidades como hermanos, unos con otros y como estudiantes, a los dictados morales implícitos en la verdad de la Unidad. Los últimos cuatro peldaños tratan en forma más explícita los dilemas morales y nuestras respuestas a los mismos.

10. Valor para soportar las injusticias. ¿Cuáles son los mandatos de la Verdad? ¿Cuáles son las implicaciones prácticas para una conducta ética en cuanto a la Verdad de la Unidad? El peldaño número diez nos lo indica: “valor para soportar las injusticias personales”. Todas las personas experimentan en su vida situaciones que parecen ser injustas, y que sin duda lo son desde el punto de vista de la personalidad. Sin embargo, cuando creemos que la vida es una y que un orden perfecto gobierna todas las cosas, debemos soportar con valor esas aparentes injusticias.

Este consejo es el mismo que Cristo dio a sus seguidores cuando les habló en la montaña (Mateo, 5.38-45):

“Ustedes han oído decir: ojo por ojo y diente por diente. Pero yo les digo que se resistan al mal, que cuando los golpeen en la mejilla derecha, vuelvan la cara y pongan la otra también. Y si alguien los demandara ante la ley y les quitara su abrigo, dénles también su túnica. Y si les invitan a caminar una milla, caminen dos. Den cuanto les pidan, y no vuelvan la espalda a quienes les piden prestado. Ustedes han oído decir: Amen al prójimo y odien a sus enemigos. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, bendigan a quienes los maldicen, hagan el bien a quienes los odian, y oren por quienes los usan con desprecio y los persiguen, para que puedan ser hijos de Su Padre que está en el cielo, porque Él hace que su sol nazca en el mal y en el bien, y envía la lluvia sobre los justos y los injustos.”

A estos mandatos del Sermón del Monte se les denomina algunas veces “los consejos de perfección”, se dice que son una guía para la santidad y que no atan a persona común alguna en el mundo. Pero no hay nada de impráctico en ellos; por el contrario, pueden ser consejos muy prácticos. Se ha señalado que si lo único que hiciéramos fuese seguir la estricta justicia de “ojo por ojo”, el resultado sería un mundo de ciegos. Desde Thoreau hasta Gandhi y Martín Lutero King, la doctrina de la desobediencia civil, del *satyagraha*, o la resistencia pasiva —esa amorosa, pero firme renuencia a participar en el mal o a responder al mal con el mal —ha probado ser valiosa. No tenemos que creer que el concepto se haya aplicado siempre perfectamente para reconocer que funciona.

El impulso de nuestros egos es responder ante la injusticia, pero es más efectivo soportar el mal valientemente, que responder con el mal mismo. Como dice el *Dhammapada*, “El odio no cesa con el odio; el odio cesa con el amor —esta es una vieja regla”.

11. Enérgica declaración. Una respuesta pasiva al mal y a la injusticia puede tomarse como timidez o como una admisión del mal mismo. Para distinguir entre valor para soportar algo y cobardía, el próximo peldaño recomienda: “una enérgica declaración de principios”. Tenemos que salir al paso y que nos oigan.

Algunos de nosotros, para estar seguros, estamos demasiado dispuestos a explicar el motivo de nuestra acción y lo hacemos en cada oportunidad que tenemos. Pero hay una fina línea divisoria entre “una valiente declaración” y una auto-justificación, de una moral farisaica y una auto-felicitación. Los que declaran constantemente sus principios no son héroes, sino aburridos.

Sin embargo, hay ocasiones cuando tenemos que hacer esta declaración. Los antiguos mártires cristianos que fueron cruelmente torturados y asesinados para entretener a las multitudes en la arena de Roma, iban a la muerte cantando salmos. Sus respuestas eran conocidas como “testimonios”, porque ellos eran perseguidos por sus respuestas, pero éstas servían al mismo tiempo como un testimonio de la Verdad que habían experimentado.

Pocos de nosotros nos vemos hoy día en una situación semejante, en la cual tengamos que hacer una valiente declaración de principios, pero hay otros contextos menos dramáticos en los que debemos hacerlo aunque aceptemos la injusticia, pero dejando clara nuestra postura. Si la declaración requiere un genuino valor, y si al hacerla nos concentramos en nuestros principios, lo más probable es que ésta sea tomada a bien. Pero si buscamos obtener algo personal al hacer esta declaración, o si lo hacemos para justificarnos, entonces probablemente sea mejor no decir nada.

12. Valiente defensa. No importa cómo contemplemos el mal y la injusticia según éstos nos afectan, debemos responder al mal y a la injusticia de una manera distinta. Cristo nos aconsejaba que si nos golpeaban en una mejilla, mejor pusiésemos la otra antes que atacar a nuestro enemigo. Pero él no sugería en modo alguno que si una persona agresiva golpea a alguien que está a nuestro lado, nosotros debamos agarrarle la cabeza al pobre desafortunado y torcésela para que el agresor pueda golpearlo por la otra parte también.

Tenemos que soportar el mal que se nos hace, pero no se nos pide que soportemos las desgracias de los demás. Por el contrario, se nos pide hacer “una valerosa defensa de quienes son injustamente atacados”. Lo que no hacemos por nosotros mismos, debemos hacerlo por los demás.

Los Peldaños de Oro no contemplan un total pacifismo como una ética ideal. En esto se hace eco del *Bhagavad Gita*, cuando Krishna le pide a Arjuna que luche por los derechos de sus hermanos y contra el engaño de sus primos. Arjuna está a punto de entrar en una guerra terriblemente destructiva, no en beneficio propio, sino por el bien de sus hermanos, porque se ha hecho un mal y hay que repararlo.

A Arjuna se le dice que luche sin preocuparse de las consecuencias, de quién saldrá victorioso o vencido, quién reinará o será asesinado. Tiene que luchar porque el orden de las cosas ha sido alterado y hay que restablecerlo, y sólo mediante la batalla de Kurukshetra el equilibrio volverá a reinar.

Finalmente, somos responsables unos de otros. Somos el que cuida de nuestro hermano. Debemos hacer por los demás lo que no debemos y no podemos hacer por nosotros mismos. Esa es la clave del altruismo.

13. Mirada fija en el ideal. Una incisiva pregunta nos queda. ¿Cuán lejos podemos llegar defendiendo a quienes son injustamente atacados? ¿Cuáles son los límites de la acción moral? ¿Se justifica mentir, o matar? El código moral más simple nos dice: "No levantar falso testimonio" y "No matar". Estos sencillos códigos morales a menudo resultan útiles, pero fallan al tratar de aplicarse a muchas de las situaciones en las que nos vemos a veces en la vida. Si una mentira le hubiera salvado la vida a un judío escondido de la Gestapo, ¿sería incorrecto mentir? Si el matar a un terrorista que amenaza a todos dentro de un avión repleto de personas salva a los pasajeros, ¿es incorrecto matar? ¿Cómo distinguir entre una acción necesaria y una inmoral?

El último peldaño nos dice cómo obtener la respuesta a tales asuntos; "mirada siempre fija en el ideal de progreso humano que revela la ciencia secreta (*Gupta-Vidya*)" Todas nuestras acciones deben llevarse a cabo contemplando el ideal evolutivo. Lo que contribuye al mejoramiento humano es bueno; lo que no contribuye, es malo. Esa es la piedra angular para el toque final.

De seguro que algunas veces podríamos estar errados en lo que contribuye a la evolución — ser humanos es cometer errores. Sin embargo, mientras nuestra intención esté alineada con el ideal, mientras que nuestro móvil sea ayudar al progreso de la humanidad hacia la perfección, nuestro acto es moral.

Si nos preocupamos demasiado por los resultados de nuestras decisiones — de si están correctas o incorrectas — y nos tornamos incapaces de tomar libremente cualquier acción, hemos caído en el síndrome de Arjuna. No podemos sentarnos en el suelo de nuestro carruaje, desanimados ante cuál es la línea de acción correcta que debemos tomar. Como Krishna le dijo a Arjuna, los efectos de la acción no son asunto nuestro. No debemos preocuparnos por esto, sino por hacer lo que creemos correcto, lo que entendemos que contribuye a la evolución humana, y ahí termina nuestra responsabilidad.

Un punto adicional. La declaración preliminar dice que la verdad está abierta a todos, y el último paso dice que la base de la acción ética se deriva de "la ciencia secreta." Estas dos declaraciones no son contradictorias. La ciencia en cuestión es secreta, esotérica u oculta, no porque haya sido inscrita en el registro de propiedad literaria o de marca registrada, para ventas al por menor por parte de una logia de misteriosos adeptos, sino porque por su propia naturaleza es algo que no puede decirse ni escucharse, sino que cada individuo tiene que experimentarlo por sí mismo. Lo que está abierto a todos es el tener esa experiencia, pero hasta que no la tengamos, esa ciencia seguirá siendo un secreto para nosotros.

Conclusión. Y así llegamos al final de Los Peldaños de Oro y sólo nos queda la conclusión. “...estos son los peldaños de oro, por donde el aprendiz puede ascender hasta llegar al Templo de la Sabiduría Divina”. Esto es, que la Sabiduría Divina sólo puede ser alcanzada por quienes viven una vida ética. Pero Los Peldaños de Oro no constituyen una lista de mandamientos que le dicen al mundo lo que debe pensar sobre la pena capital, el aborto, la homosexualidad, la resistencia pasiva, la vivisección, ni cualquiera de los demás asuntos sociales de nuestro tiempo. Es una responsabilidad ineludible de cada persona individualmente, el hacer un juicio personal sobre esos difíciles asuntos morales que tenemos ante nosotros. Esto es consecuencia de la libertad individual. Y el respeto a las decisiones que otros toman, incluso cuando nosotros mismos llegamos a decisiones diferentes, es la marca de una verdadera fraternidad. Los Peldaños de Oro no eliminan la ambigüedad moral de nuestras vidas ni resuelven la crisis de conciencia que enfrentamos cada día, pero señalan el camino para nuestra participación colectiva en el mejoramiento de la sociedad y en levantar un poco el pesado karma del mundo.

Referencias:

Blavatsky, Helena P. *Collected Writings*, ed. Boris de Zirkoff, vol. 12. Wheaton, IL: Theosophical Publishing House, 1980.

_____. *La Voz del Silencio*, publicado por primera vez en 1892, y reimpresso varias veces (en varios idiomas).

Sankaracharya. *Vivekachudamani*. Muchas ediciones, incluyendo *Viveka-Cudamani*, ed. Mohini M. Chatterji (Adyar, Madras: Theosophical Publishing House, 1932,1973); y *The Pinnacle of Indian Thought*, ed. Ernest Wood (Wheaton, IL: Theosophical Publishing House, 1967). (Edición en inglés).